

PABLO OYARZUN. *Devaneo sobre la estupidez y otros textos*. Viña del Mar: Mundana Ediciones, 2018.

Ensayos de ocasión, escritos buena parte de ellos por encargo, son los que componen el último libro del filósofo chileno Pablo Oyarzun, *Devaneo sobre la estupidez y otros textos*, publicado por Mundana Ediciones en octubre de 2018. Cinco de ellos fueron publicados en revistas, dos en periódicos, dos aparecieron en libros y dos textos son inéditos. Sus fechas de redacción van desde 1987 hasta 2009, encontrándose divididos en dos partes “Hipótesis” y “Fingimientos”, que originalmente iban a ser el título. Libro no académico y heterodoxo, pero no por ello sin rigor, escrito con un estilo rico y preciso, aunque a veces artificial y fingido, aborda en su primera parte “Hipótesis” problemas cotidianos como el humor, el ocio, la estulticia o el vino desde una perspectiva filosófica. La segunda parte, “Fingimientos”, la componen una serie de textos literarios que funcionan como posibilidades narrativas de la primera parte.

El primer texto del libro, “Cuentecillo del desierto”, comienza con la solicitud de una conferencia sobre el poder en la Universidad de La Serena. La experiencia de dicha conferencia será el objeto del texto, que remata con un magnífico cuento de corte kafkiano pronunciado por un émulo de Diógenes el Cínico en la Nueva Acrópolis. En “Bobada sobre el humor”, a fin de año y saturado de actividades, le solicitan al autor un escrito sobre “humor y patrimonio”. Pasmado, inicia una tarea llena de digresiones. Una frase de Juan Emar ilumina el sentido del humor chileno, que no es un dechado de cosmopolitismo sino un refugio ante la «mala pata», por lo que impide justamente forjar un patrimonio. Mismo origen comparte el escrito “Año Nuevo” solicitado por el diario *La Época*, donde propone que el año nuevo, al igual que el tiempo, no viene, sino que va con nosotros. Por eso no lo vemos venir de frente, sino que le vemos la espalda.

Un examen detenido merecen “El ocio”, “Devaneo sobre la estupidez” y “Perorata del vino”. En el primero de ellos asistimos a la ociosa adolescencia del autor y cómo la lectura de *Ser y Tiempo* lo alejó de una carrera incipiente en la ciencia. El ocio, como se sabe, es el espacio esencial en que se desarrolla la filosofía. Un derrotero por el griego, de donde viene *skholé*, la condena de la religión, Giannini –que lo introduce en la *acedía* medieval–, Brueghel, Orwell y el capitalismo, culmina en una reflexión sobre la temporalidad. La vacancia que define al ocio “es tiempo libre, y esa libertad define un derecho, un derecho originario” (43). La multiplicidad de digresiones a la que nos invita el ocio es una experiencia en que el tiempo queda restituido, en su inconmensurable pluralidad, a sí mismo.

Vano es el ejercicio de medir la inteligencia e incluso definirla. Otro tanto ocurre con la estupidez: nuestra incapacidad para poder discernirla con certeza ilumina la deficiencia de la primera. Este problema formula el texto que da título al volumen. Definida por Teofrasto como “una pesadez del espíritu” (55), se diferencia de la imbecilidad e ingenuidad. Tampoco es opuesta a la inteligencia ni su ausencia, ya que comercia a menudo con la pedantería. En el desatino encuentra su esencia. Esto lleva al autor a plantear que hay en la estupidez un saber desdichado que se ignora a sí mismo y que embarga ante lo pequeño, ya que es cuando no se pueden salvar los nimios problemas de la vida cotidiana donde aparece en su esplendor. Por lo que concluye: “si pudiésemos convertir la estupidez en un método, seguramente avanzaríamos más en el conocimiento del mundo y en el gobierno de nuestras propias vidas” (62).

En “Perorata del vino” contrasta a Montaigne con Baudelaire a propósito del efecto que produce el vino en la subjetividad, siendo el primero reactivo a sus efectos y el segundo, su adalid. Si en el texto anterior la facultad del discernimiento era incapaz de distinguir la inteligencia de la estupidez, el vino anula justamente esa capacidad crítica y eleva el ánimo más allá de la materia, a la esencia de las cosas. De aquí colige que la pasión filosófica fue despertada por alcohol. En efecto, pródiga en vino es la escena que nos pinta Platón en su *Banquete*. En diálogo con el ensayo “El ocio”, concluye aquí que el vino vuelve al tiempo acogedor, razón por la que no sería disparatada la ejecución del tratado *Wein und Zeit* que aclare la relación entre embriaguez y tiempo.

La unidad de estos tres textos glosados se cristaliza en los conceptos de tiempo, experiencia y juicio, que le permiten al autor saltar desde la situación contingente en que nacen estos ensayos hacia la idea filosófica, sin perder por lo mismo, el pasmo que suscita la variedad un tanto inusitada de temas que aborda y al que alude con el concepto que contiene el título del libro “devaneo” que, por otra parte, resulta del uso metódico de la digresión.

La segunda parte, “Fingimientos”, incluye un escrito sobre el ajedrez, otro sobre pájaros, la significación, la pintura, un argumento fílmico y uno último sobre la contaminación. El primero “El ajedrez o la vida”, publicado en 1988 como un homenaje al centenario del nacimiento de Duchamp, se presenta como la traducción de un texto de Jean-Françoise Menard que expone una partida de ajedrez jugada por el padre del autor y Duchamp. Pero también es un homenaje al cuento de Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, cuyo apellido coincide con el supuesto autor, pues la partida se realizó prescindiendo del peón de la torre, que propone la obra e) del catálogo razonado de la obra del verdadero Menard. Según Jean-Françoise Menard pensar es la normal respiración de la inteligencia, definición coincidente con la de Borges en su famoso cuento.

“Heidegger’s Hideway”, el argumento fílmico, plantea una lectura de *Ser y Tiempo* en clave siniestra (*das Unheimliche*) de los elementos simbólicos de su filosofía y biografía: la cabaña de Selva Negra, la selva misma y la infidelidad –no es H. Arendt el objeto de la controversia, sino el párroco del pueblo– que conlleva a la angustia y la muerte. El tratamiento fantástico de la historia, propio de la literatura alemana del siglo XIX, se finiquita con un final al estilo de Polanski o Kobayashi. Este “discutible divertimento” (118), bien podría ser el epílogo del tratado inexistente *Wein und Zeit*.

El recurso de la anécdota como puente hacia la pregunta filosófica problematiza el lugar de una filosofía que respira lo cotidiano por todos sus poros y brega por el ensayo de una forma de expresión que difumina la distinción entre el discurso académico y la mejor tradición ensayística. En tiempos en que la producción académica se encuentra asfixiada por múltiples dispositivos de control, este libro es una apuesta por liberar el discurso filosófico por medio del devaneo y la digresión hacia la contingencia y la singularidad, reflejando con ello la jovialidad propia del autor.

Hans Frex Aguirre
Universidad de Chile, Santiago, Chile
hansfrex@gmail.com